



CAPÍTULO XX

ÚLTIMOS REPRESENTANTES DE LA POESÍA RELIGIOSA

Aparisi, Coll y Vehí, Larmig, Sánchez de Castro, los PP. Muñíos y del Valle.

LA rutina habitual da por definitivamente enteradas las variaciones de que es susceptible en la lírica el sentimiento de lo infinito, y afirma que está muda en la España y la Europa del siglo XIX el arpa divina de Fr. Luis de León y de Manzoni. Los tiempos que corren, se dice, son de transición y duda, fatal y absolutamente opuestos á la influencia de la fe cristiana en las bellas artes; y cunden estas reflexiones en boca de engreídos racionalistas y creyentes desalentados, ocultando bajo las apariencias de evidente verdad mucho de discutible ó absolutamente infundado. El sol de la fe declina ¿cómo negarlo? en el horizonte de las naciones que se llaman cultas; pero el mismo acrecentamiento del mal contribuye á hacer viril, robusta y concentrada la resistencia, que es cada día más visible y más fecunda en esperanzas consoladoras.

En el terreno del arte, basta recordar que los albores del romanticismo bajo una de sus principales fases coinciden con el retorno á esa fe que inspiró *La Mesíada*, las *Harmonías religiosas*, *Los mártires* y los Him-

nos sacros, por no decir nada de nuestra Literatura, donde volvieron á renacer con nueva belleza las místicas flores, heladas por el viento del exclusivismo greco-romano.

Al abrirse el siglo actual, una pléyade de poetas cantan á María en la ciudad de Herrera y Murillo; viene el período romántico, y aparecen como intérpretes de la poesía sagrada Zorrilla con una turba de imitadores, Arolas, y la Avellaneda; persiste la nota religiosa en la escuela sevillana y en todos los grupos literarios de Andalucía; y entre los ingenios independientes que florecieron después del romanticismo, recibían de la fe sus inspiraciones Ayala, Selgas, y en general cuantos algo han significado en su tiempo, fuera de unos pocos en quienes no podía trazar hondo surco la idea de lo divino.

Al presentar aquí reunidos á los últimos representantes de nuestra lírica religiosa, no creo tampoco prestar un argumento á los que la creen moribunda y decadente, pues bastan tres ó cuatro nombres de los que aquí se citarán para imponer silencio á los que así hablan por torpeza irreflexiva ú orgulloso desdén.

El insigne y nunca bien llorado Aparisi, aquel corazón tan de niño en el sentimiento como varonil en sus propósitos, tan espontáneamente artista y tan abierto á las impresiones de la belleza, había nacido para la poesía, aunque las azarosas vicisitudes de la política ahogaran los gérmenes depositados en él por la naturaleza. Poesía son muchos *Pensamientos* de Aparisi escritos en prosa; poesía los rasgos de su admirable y personalísima elocuencia, que no es la elocuencia del foro, ni la del Parlamento; y poesía, no versos solamente, los pocos y por limar que nos ha legado ¹. Niño

¹ *Obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro*, tomo I. Madrid, 1873. Al final de este tomo, y después de la noticia biográfica y los *Pensamientos*, se encuentran las poesías.

aún, pedía con instancia á su madre un libro de ellos; y al abrirlo por vez primera, tropezando con

el dulce lamentar de dos pastores,

se enamoró ciegamente de Garcilaso, comenzando á imitarle en almibaradas cantilenas.

Robustecida su musa, se consagró á celebrar los triunfos de la Religión y de la patria, ora imitando el tono bíblico y arrebatado de Herrera, ora la mansa dulzura de Fr. Luis de León, pues de ambos poseía algunas cualidades, bien que sin alcanzar la asiática opulencia del uno, ni la sobriedad horaciana del otro. La desigualdad de estilo, las frases hechas, los rasgos prosaicos, la desmayada frialdad, los ripios y las licencias, denuncian que no cinceló Aparisi sus poesías como era debido, y así salieron de incorrectas y desarregladas á pesar del fuego lírico que las caldea. Las mejores, las consagradas á la guerra de Africa y á Bailén, escritas para los certámenes promovidos por la Academia Española en dos solemnes ocasiones, no están inmunes de estos achaques, aunque á veces se les sobreponga y los haga desaparecer la fuerza avasalladora de la inspiración. Trozos hay en el canto *A Bailén* que recuerdan las odas patrióticas de Quintana; otros al padre de la escuela sevillana, y sus canciones *A la batalla de Lepanto* y *En la muerte del Rey Don Sebastián*; los consagrados á Napoleón parecen más amenazas y vaticinios fatídicos de *vidente* que apóstrofes de poeta; porque cuando Aparisi se exalta, lo mismo en sus cantos que en sus peroraciones, parece que abandona las regiones del mundo inferior, que asciende hasta el Olimpo en alas de la fantasía, y que desde allí truena como Júpiter, en vez de indignarse como los mortales. ¡Lástima que tales disposiciones sólo hayan producido frutos por sazonar, primicias á las que precisamente falta lo más externo y relativamente fácil: el trabajo de la lima! No maldigamos por ello de su vida

pública, tan rica de heroísmo y abnegación, y en la que conquistó la corona de orador eminentísimo y la de hombre de bien.

Este último título es igualmente el que más honra al difunto historiador de la sátira provenzal, preceptista, crítico y poeta D. José Coll y Vehí, cuyo gusto ecléctico lo mismo se iba tras la deliciosa sencillez del maestro León, que tras la pompa de Lista y la entonación de Quintana, sin excluir tampoco á Zorrilla. Coll y Vehí escribió muchos versos ¹ no siempre tan limados como harían creer los conocimientos teóricos de métrica española, que acreditó en sus excelentes *Diálogos literarios*, modelo de lucidez y penetración.

Poco después de la revolución de Septiembre, cuando la fiebre de las pasiones anárquicas y anticristianas esparcía por doquiera el luto y la desolación, dejóse oír, entre la asordante gritería de las saturnales parlamentarias, los movimientos políticos y la literatura populachera, una voz solemne y melancólica; era la de un cisne que preludiaba su propia agonía. En las columnas de *La Ilustración Española y Americana* aparecieron unos cantos religiosos firmados con el modesto é indescifrable nombre de *Larmig*. ¿Quién es *Larmig*?, preguntó la curiosidad de sus admiradores; y sólo se les contestaba con el silencio, mientras corría con creciente fama el afortunado pseudónimo, cuyo velo se descorrió del todo con una ocasión tristísima, la de haber puesto el poeta fin á sus días por el suicidio (1874). Añádase la presente al número de las inconsecuencias humanas, si inconsecuencia fué, y no deducción lógica de los mismos sentimientos en que rebosan sus poesías, el desenlace de tan lúgubre tragedia; y repitiendo de pasada lo que todos saben, que *Larmig* no era sino D. Luis A. Ramírez Martínez y Güertero, compadezcá-

¹ Insertos casi todos en *La Revista Popular*, de Barcelona, de que fué asiduo colaborador.

monos de él al recorrer una vez más las maravillosas y nunca marchitas páginas de ese libro, todo de oro ¹, que se llama *Las mujeres del Evangelio*.

La Madre del Verbo encarnado, las dos hermanas Marta y Magdalena, la hija de Jairo, la Samaritana y la Verónica, van bosquejando con su aparición el poema maravilloso que comienza en Belén y termina en el Calvario, y dejan adivinar un fondo de luz sobre el que se destaca, ora severa, ora apacible, la faz de Dios hecho hombre, que llora y enseña, ama y sufre y se compadece. Larmig bebe en el Evangelio su inspiración, sencillamente casta y hondamente persuasiva; habla al alma, cuyas más secretas fibras remueve, en vez de halagar con figuras á los ojos y con sueños á la imaginación. Es lírico de infinita ternura en el canto *A María*, y dramático en el de *La Samaritana*, y semiépico en los restantes por lo elevado de la narración, pese á las proporciones exiguas del espacio en que se desenvuelve, sin perjuicio de combinar estas cualidades con tanta rapidez como invisible destreza. No relata con la sequedad á que eran tan ocasionados algunos temas, sino con aquella unción mística que todo lo penetra, con aquella seductora candidez, suave como la luz del crepúsculo, que baña con sereno fulgor las más insignificantes escenas. Algo hay allí que se siente mejor que se analiza, á saber: el espíritu de la tristeza con sus múltiples formas, y el anhelo por inquirir hasta en sus últimas consecuencias la filosofía del dolor, de ese dolor que, siendo la más grande y la más tremenda de todas las realidades, perenne misterio de la vida y problema indescifrable, es también el principal entre los elementos artísticos, como el que más vive y se nutre de la verdad humana. No se busquen en otra parte el sentido íntimo, el sello de originalidad y las perfecciones que

¹ *Las mujeres del Evangelio. Cantos religiosos por Larmig*, Madrid, 1873. Segunda edición, Madrid, 1874.

avaloran *Las mujeres del Evangelio*: de ahí también su carácter subjetivo, derivado de que nunca desaparece, ni en la narración, ni en las sentencias, ni en el diálogo, la personalidad del poeta; antes siempre está delante de los ojos, ceñida con el velo fúnebre de la desgracia.

La trágica muerte de Larmig dice bien que no eran afectadas sus quejas; pero basta oirlas para creer en su sinceridad, y para sentir en el alma un reflejo de lo que él sintió tan hondamente, y con tan maravillosa fidelidad interpretaba. Y ahora véase la prueba de lo dicho: véase cómo la simpatía por el dolor informa y vigoriza la musa de Larmig, inspirándole sus conceptos más delicados y felices. Ya está acudiendo á la memoria del lector esta octava del canto *A María*:

¡Ah! Tú eres el dolor volando al cielo,
Bajel que boga en tormentosos mares;
Tú sabes de la vida el desconsuelo;
Tú sabes, Madre, lo que son pesares;
Es un valle de lágrimas el suelo,
Y el dolor debe estar en los altares;
Tú fuiste del dolor símbolo santo,
Y tú al llorar enaltecaste el llanto.

¡Y cuánta ternura no hay en aquellos dos versos:

Y no te olvides del que gime triste
En este valle donde tú gemiste!

La intimidad de su pena no impide á Larmig remontarse á la causa de todas las que afligen al género humano:

El hombre delinquirió; nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente Rey de la desgracia.

La nota pesimista resuena insistente en *Las mujeres del Evangelio*, y está á veces fuera de su lugar, demostrando la irresistible predilección que hacia ella sentía Larmig; predilección que le produce grandiosos efec-

tos en el terreno del arte, pero que, si bien se estudia es demasiado exclusivista para inspirada únicamente en el dogma cristiano, cuya amplitud, al mostrarnos los dolores de la vida, los sabe hermanar con las alegres intuiciones de la esperanza.

En cuanto á la forma de estos poemas, tan inseparable del fondo como de él directamente emanada, con razón se admira y admirará aquel sano clasicismo en que ni la elegancia perjudica á la sencillez y espontaneidad, ni el relieve de la imagen denuncia el trabajo penoso de quien desbasta y cincela, ni la expresión, por ser elevada, deja de ser precisa, clara y transparente. *Las mujeres del Evangelio* no parecen tanto de estos tiempos como de nuestro siglo de oro; por el candor y la ingenuidad del estilo, así como en la profundidad psicológica, reflejan los angustiosos combates engendrados por el individualismo moderno.

Transcurrieron algunos años, y Larmig tuvo un sucesor de su misma talla en el aplaudido creador de *Hermenegildo* y *Theudis*, D. Francisco Sánchez de Castro, que, si hasta entonces había probado fortuna en las lides dramáticas, hallándola benévola y amistosa, quiso dar una prueba de sus aptitudes para la lírica, y esa prueba tan acabada y concluyente fué el *Cántico al hombre*¹.

El poema *La Iglesia católica*, que, siendo el autor muy joven, obtuvo el premio ofrecido por la Academia de la Juventud Católica de Madrid para conmemorar la celebración del Concilio Vaticano, y conocido principalmente por el fragmento *Los mártires*; la oda á la Inmaculada Concepción de María, y otras del mismo gusto y acrisolada corrección, constituían un prelude digno del *Cántico*, que á su vez venía á rivalizar, sin mucha desigualdad, con los *Gritos del combate*, y á ser expresión, no de dudas estériles y lamentaciones egois-

¹ Madrid, 1879.

tas, sino de creencias vírgenes y enteras, de dulces y vivificadoras esperanzas.

Ciertos críticos de uno y otro bando, meticulosos los unos y los otros zahoríes, creyeron ver en el entusiasmo del poeta católico por la grandeza y la dignidad del hombre inclinaciones al naturalismo religioso y simpatías para con el que llaman espíritu del siglo; pero, ¿cómo negar que si el Cristianismo nos descubre las profundidades de la miseria encerrada en nuestro ser, viciado por la culpa, nos muestra asimismo la excelcitud de nuestro origen y el valor de nuestro destino? Sólo por ignorancia ó mala fe pudo achacarse á Sánchez de Castro la más remota connivencia con la negación racionalista, cuando sus versos son paráfrasis unas veces, y otras compendio de la verdad evangélica, y siempre exhalan el perfume de la ingenuidad convenida.

Un análisis breve nos convencerá de ello y de los subidos quilates que avaloran el *Cántico*. Abrese con la contemplación reposada de la naturaleza; tal como, al declinar la pompa del día en el horizonte lejano, aparece á los ojos del poeta, que finge encontrarse sobre una roca, azotada por las olas del mar Cantábrico. La magnífica perspectiva del cielo, la faz espantable del Océano, la inmensidad ofreciéndosele doquier bajo diversas y elocuentes formas, le hacen preguntarse á sí mismo por la significación que le alcanza en aquel cuadro, significación tan pequeña que le obliga á exclamar:

Y me llaman, burlando mi tormento,
Gusano de la tierra el Oceano,
Grano de polvo vil el firmamento.

Pero al bajar con *la frente confundida*, párase á contemplar el golfo, donde

A la luz del crepúsculo vago
Blancas velas bogando se ven,
Como cisnes que cruzan el lago
Y se mecen en dulce vaivén.

La fuerza es vencida por el ingenio, y bastan un anciano y unos niños para robar sus tesoros al indomable coloso; el átomo invisible, á quien insultaban el cielo y la tierra, lleva dentro de sí algo que le hace superior á los dos. A los labios del poeta acude la musa del entusiasmo:

Cese, cese mi triste desvelo;
Sea un himno, Señor, mi cantar.
Tú le diste á esta sombra del suelo
Pensamiento más alto que el cielo,
Corazón más profundo que el mar.

El hombre triunfando de la materia y haciéndola servir á sus fines; grabando en perpetuos caracteres la palabra indócil; haciendo brotar á su conjuro la chispa eléctrica; dando alas al gigante de hierro animado por el vapor, que cruza por las entrañas de la tierra y lanza á los aires el grito de victoria; escudriñando lo más alto del cielo y lo más profundo de los abismos como rey absoluto del orbe, ceñido de corona inmortal por la mano del Criador: tal es el asunto que va desenvolviéndose en el *Cántico* con abundancia de lirismo arrebatador, de intuiciones grandiosas, de gala, pasión y armonía, que parecen arrebatarlos á más altas esferas en pos de un estro nacido para cantar las glorias de la edad presente. El tono épico y solemne de esta parte del *Cántico al hombre* demuestra que hoy en día es posible la epopeya de la civilización, de la ciencia y del trabajo, cosas todas muy distintas del materialismo burdo, que en vano pretende identificarse con ellas para sus fines peculiares y bastardos. Los que creen incompatible la Poesía con el conocimiento de la naturaleza, haciéndola vivir únicamente del misterio, que nos la oculta desfigurándola, palpén aquí cómo se idealiza asta lo más prosaico; cómo, sin desmentir las explicaciones de un físico escrupuloso, se dice bellísimamente del pararrayos:

Mas mientras mande el iris de Dios la fe jurada,
Aún puede su grandeza el hombre recordar;
Que, si su fuerza es débil, sabrá con mano osada
El signo de su imperio clavar en su morada,
Y, en viéndole, va el rayo sus plantas á besar.

Al penetrar en los senos del corazón, investigando la causa de sus luchas y contradicciones, y el objeto á que tienden sus ansias; al hablarnos de la culpa primitiva, de su redención y de la nueva atmósfera moral en que respiró el espíritu después de la muerte del mismo Dios, no se sostiene Sánchez de Castro á la altura adonde se había remontado, siendo más trilladas las ideas, menos brillante la imagen, más apagado y mustio el colorido, quizás por no ser nuevo el argumento. El final, consagrado á cantar los triunfos del arte, merece la misma censura, y no sé si le alcanzará igual defensa.

Tras un vuelo tan arriesgado y feliz sintió Sánchez de Castro el desaliento mortal que esteriliza, la apática indiferencia que ahoga en flor los generosos entusiasmos por el arte. Muchos años antes de que una muerte prematura é inesperada arrebataste al simpático profesor de la Universidad Central ¹ había decidido éste vivir retirado del mundo de la literatura militante, sin dejar de servir á la buena causa en otras esferas.

Quizás ha contagiado ese desaliento al que, no por amor de hábito ó preocupaciones de amistad, sino por convicción sincera y profunda, considero desde hace algunos años como continuador de una tradición nunca interrumpida en la Orden á que también me glorío de pertenecer. No es tan aplaudido como debiera, ni como lo son muchos poetillas de agua chirle, el P. Fr. Conrado Muiños y Sáenz, á pesar de haber obtenido en muchos certámenes premios más merecidos que gloriosos.

¹ El día 19 de Diciembre de 1889. Sánchez de Castro había nacido en Béjar el año 1847.

Bien quisiera acudir á la irresistible elocuencia de los ejemplos; pero no consienten hacerlo con amplitud los límites á que forzosamente he de sujetarme, y el avisado lector adivinará lo que no indico por lo que, con la brevedad posible, iré ofreciendo á su consideración.

Cervantes en Argel se titula la primera entre las composiciones laureadas del P. Muiños ¹, y en la que aparecen sintetizados los caracteres que le habían de distinguir siempre: sencillez y elegancia en las formas, sentimiento más que profundidad, esmero en el lenguaje, brillantez y galanura en la versificación. ¡Qué plácida y serena exclamación la de los primeros cuartetos!

¡Viviera el genio en la región dichosa
Que allá en su mente arrebatada crea,
Y allí explayara la mirada ansiosa
Do inspiración sublime centellea!
Mas siempre, siempre con el alma herida,
Atormentada de mortal anhelo,
Cruza llorando el yermo de la vida
En busca de su patria, que es el cielo.

Lo propio sucede en las odas *A la Fe* y *La conversión de San Agustín*, donde se ven imágenes como ésta, referente á las dilaciones que ponía á la gracia el corazón del angustiado joven:

Mañana eterno que á su vista huía
Como en la Libia ardiente
Huye de la sedienta caravana
El engañoso lago transparente.

Al cantar la guerra de la Independencia española, emula el P. Muiños la pindárica elevación de Gallego

¹ Puede leerse, como todas las demás, en la *Revista Agustiniana* (actualmente *La Ciudad de Dios*) mientras llega el día en que su autor las colecciona.

y de Quintana, añadiendo al entusiasmo bélico el religioso, que hermosea tanto la oda como la desfiguran el desleimiento nimio y la verbosidad pomposa, recursos vanos para llenar el vacío del pensamiento.

La batalla de Acinas, leyenda histórica de pobre invención, no atrae, como las de Zorrilla, por el irresistible interés y el vigor del colorido; pero tiene episodios de muy buen efecto, y partes rigurosamente líricas que todo lo compensan con ventaja.

No diré yo que exceda en valor á las anteriores la oda *A Santa Teresa de Jesús*, única premiada entre los sinnúmero que concurren al certamen promovido en Salamanca para conmemorar el centenario de la gloriosa Doctora avileña; pero su tono es más íntimo, dulce y afectuoso, recuerda más el de Fr. Luis de León, á quien el poeta invoca, y llega á tocar en las regiones del misticismo sublime, de donde brotó *la llama de amor viva*.

.....
Dulce es tener el corazón herido
Si es el amor divino quien le hiere;
Que es el atmósfera del alma,
Con él vive feliz y sin él muere.
Tú lo dijiste, tú, mujer bendita:
Entre el horror de la mansión maldita,
Aun en la eterna, inextinguible hoguera,
El jefe inmundo de la grey precita
No sería infeliz si amar pudiera.

El pensamiento de Santa Teresa: *pobre del demonio porque no puede amar*, nunca se ha expresado tan felizmente; ahora véase una muestra de acabada descripción psicológica:

Padecer ó morir, fué tu divisa;
Dios te otorgó el vivir para tormento,
Para que mártir fueras
Con martirio de amor profuado y lento.
¡Oh! que es temible congojosa muerte,
Al pobre corazón enamorado,

Entre cadenas arrastrar su suerte
 Ausente de su Amado:
 Verle quizás que en lontananza asoma,
 Y sentir de sus ojos los reflejos,
 Y oír su acento, y aspirar su aroma;
 Y al lanzarse en pos de él, ver con desvío
 Su hermosa faz desaparecer de lejos,
 Y estrechar en los brazos el vacío.

El P. Muiños, que, á pesar de algunas caídas lamentables, tiene tanta inteligencia como imaginación, y que ha educado la una y la otra con la severidad de sus estudios, no corre desolado en pos de los oropeles con que frecuentemente se reviste la poesía contemporánea, y sólo ha escogido de ella la varia y brillante fecundidad de la inspiración, y el artificio de la rima, mientras acude á los grandes modelos del siglo XVI en busca de la corrección y la claridad, desdeñadas por el *servum pecus* de las letras. Con todo eso, su inexperiencia ó su sangre juvenil le arrastran á imitar más al cantor de Padilla que al de *La noche serena*, y de ahí ciertos rasgos de afectación, de fogosidad indisciplinada, y más que todo de lo que ya he dicho antes: de verbosidad y desleimiento. Las odas de alto vuelo, tras un período de boga extraordinaria, han venido á parar en descrédito, gracias á los infinitos abusos que de su nombre se han amparado, y por esto quizá no son apreciadas en todo su valor las del P. Muiños y Sáenz, ni distinguidas de otras que sólo en el nombre se les parecen. Yo le aconsejaría, no precisamente para evitar confusiones ó seguir los versátiles caprichos de la opinión pública, sino para mejor beneficiar su talento, que mudase de rumbo y cultivara otros géneros más conformes con el gusto y las aficiones de la época.

Así lo practica en parte otro agustino, más joven y no menos poeta, dueño de los arcanos que se encierran en la gama de colores y sonidos del lenguaje, con cuyos elementos plásticos teje vistosas filigranas, y cu-

vos temas musicales desenvuelve en gratas melopeas. El P. Fr. Restituto del Valle, que es á quien voy aludiendo, posee además imaginación creadora y singular instinto de la belleza. La debilidad de haber concurrido á numerosos certámenes acompañada de la fortuna del triunfo, no debe hacer sospechosos los cantos líricos del P. Valle que, aun en temas impuestos y como de pie forzado, se levanta de la esfera de lo vulgar. En la seguridad de que á las primicias corresponderán las manifestaciones ulteriores de una musa que tanto promete, y por el temor de incurrir en amistosos apasionamientos, dejaré que los años confirmen mis encomios y mis esperanzas.

Como el *mediocribus esse poetis.....* de Horacio, tiene especialísima aplicación cuando se trata de lo divino, no quiero mencionar á muchos autores que con la mejor intención del mundo, y sin más condiciones que el atrevimiento cándido, se entrometen en un terreno que les está prohibido. La plaga de los poetas gerundianos, siempre temible, lo es con doble motivo en este género, porque constituye en blanco de la rechifla las creencias más venerandas; y hoy, como siempre, estamos en el deber de demostrar á sus enemigos que en ellas se halla escondida la virtud regeneradora del arte, bien lejos de que sirvan de obstáculo á su majestad y engrandecimiento.

